

# Acción Pública y Sociedad: dos Contextos Imprescindibles de Programas de Transferencias Condicionadas

por Agustín Escobar Latapí, Ciesas y Coneval

**Escobar (2012)** analiza dos contextos que median poderosamente el impacto o el efecto de los Programas de Transferencias Condicionadas.

El primero de ellos es el de la acción pública. Los programas no pueden funcionar de manera aislada. Progres—a Oportunidades aun menos, puesto que depende crucialmente de los servicios de salud y educación. Aunque opera de manera centralizada, con una autoridad nacional que decide a quién incorporar y a quién no, que centraliza información del cumplimiento de condicionalidades y distribuye recursos de manera directa a los beneficiarios, su éxito depende de la colaboración de estos servicios y de la calidad con la que llegan a los beneficiarios.

El estudio muestra cómo, al iniciar las operaciones del programa, se contó con un apoyo de alto nivel que permitió que la provisión de estos servicios se extendieran marcadamente en zonas particularmente aisladas, indígenas y marginadas históricamente. Estas acciones, llamadas compensatorias, ya existían, pero se les otorgó más atención y presupuesto a partir de la creación del PTC.

Este contexto explica dos fenómenos—aparentemente opuestos—que intrigan a los estudiosos. El primero, que efectivamente a partir de la puesta en obra del programa se observan cambios sustanciales en la escolaridad de los jóvenes rurales en general. El segundo consiste en que, aunque las evaluaciones cuantitativas muestran avances modestos en escolaridad gracias al programa, el impacto dista del registrado en las estadísticas nacionales, y en términos de ocupación es nulo. Según el autor, el programa fue parte de una estrategia mayor que cambió la oferta de servicios para los pobres rurales. Dicho cambio facilita que los no beneficiarios de las localidades cubiertas por el programa también alarguen sus carreras escolares y mejoren su salud, por lo que hay un punto de inflexión positivo para beneficiarios y no beneficiarios. A diferencia de lo expresado comúnmente, el programa alteró tanto la oferta como la demanda de servicios. En otras palabras, el contexto gubernamental del programa explica su impacto y la invisibilidad del mismo.

El segundo contexto analizado aquí es el de las instituciones sociales, manifiesto en la información, los contactos y el sentido de realidad que los jóvenes pueden o no otorgarle a la posibilidad de movilidad social. Con el cambio de modelo económico—institucional que se inicia en 1988, la estructura ocupacional mexicana se volvió más rígida y desigual. El Programa Progres—a Oportunidades puede haber modificado esta situación a favor de los jóvenes pobres rurales.

En el análisis de la segunda parte del capítulo se muestran los pasos que han dado estos jóvenes, los factores que han obrado a favor y en contra de su éxito, y el vacío de política pública en el que se desenvuelven a partir de su graduación del programa cuando terminan sus estudios. En coincidencia con los hallazgos de Sánchez y Jiménez (en este volumen), se observa que la superación de la clase social de origen es un proceso en el que un conjunto identificable de recursos se debe reforzar mutuamente para que sea viable para los jóvenes estudiar, por una parte, y por otra dejar de depender de la familia de origen para pagar sus estudios y convertirse en adultos.

El lapso comprendido entre el final de la evaluación cualitativa de 2007 y el presente estudio incluyó numerosos fuertes tropiezos para estos jóvenes, pero también algunos logros de nota. En conjunto, sin embargo, es posible indicar que los diseñadores del programa menospreciaron la rigidez de la estructura de clases mexicana. La ruta ascendente más clara y numerosa pasa por la incorporación de los jóvenes al sector público, que es el que ofrece ocupaciones profesionales para ellos. Ninguno desempeña ocupaciones profesionales del sector privado, aunque es de esperar que varios lo hagan pronto (estudiantes o pasantes de leyes, de agronomía, de enfermería y odontología y de varias ingenierías). El postergamiento de la carrera laboral debido al estudio, y la naturaleza lentamente ascendente de la misma para los jóvenes profesionales, probablemente signifiquen que el “largo plazo” correcto para evaluar el impacto del programa en términos de ocupación e ingreso deba extenderse hasta los 15 años del programa o los 25-30 de los ex-becarios.

Los tropezones y descalabros de estos jóvenes tampoco deben mover a concluir que el programa ha fracasado. Las ocupaciones de los egresados del programa son superiores a las de los nunca becarios, como lo muestra la evaluación cualitativa de 2007-8. Encontramos que las habilidades escolares juegan un papel claro en una gran parte de esas ocupaciones, y es de esperarse que una fracción significativa de estos jóvenes se consoliden en dichas ocupaciones en años próximos. Y por otra parte los estudios de historias de vida de quienes fueron jóvenes en 1960-80 muestran que dichos tropezones y problemas no son exclusivos de la era neoliberal. Así entonces, hay un impacto positivo modesto debido a la ausencia de acompañamiento de los egresados del programa, pero cabe esperar un impacto positivo mayor en años venideros.

#### Referencias:

Escobar, A. (2012) Acción pública y sociedad: dos contextos imprescindibles de programas de transferencias condicionadas  
In González de la Rocha, Mercedes y Agustín Escobar Latapí (Coords.), 2012, Pobreza, transferencias condicionadas y Sociedad, México, D.F.: Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS.

Sánchez, G. y Jiménez, D. (2012) Trayectorias juveniles: escolaridad, empleo y formación de nuevos hogares  
In González de la Rocha, Mercedes y Agustín Escobar Latapí (Coords.), 2012, Pobreza, transferencias condicionadas y Sociedad, México, D.F.: Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS.